

tenéis llagas muy peligrosas, que son vuestros pecados; pero sin embargo no es ménos fácil su curacion que la de las enfermedades corporales. Que diga por medio del ministro de su Iglesia : sed limpios; salid del sepulcro de las iniquidades; abrid los ojos á la luz de mi verdad; y al punto será obedecido. Pero para conseguir esta gracia, es preciso que una humilde confianza os conduzca á sus piés, y que pueda daros el testimonio que da hoy al ciego : *tu fe te ha salvado*. Es preciso que dóciles á su voz no caminéis en el camino de vuestros delitos, ni retrocedáis en los pasos que tenéis dados en el de la virtud; sino que os impongáis la obligacion de seguirle. En fin es preciso que os determine y enseñe el reconocimiento á publicar sus beneficios con la santidad de vuestras obras.

Dios mio, obrád estos prodigios en estos dias de salvacion; disponéd que suceda la luz de vuestra justicia á las tinieblas y la ceguera del pecado, y hacédnos dignos de veros en vuestra gloria. Así sea.

## INSTRUCCION

SOBRE

### LAS DIVERSIONES.

PARA EL MÁRTES DESPUES DE QUINCUGÉSIMA.

(DE COCHIN.)

*Hermanos : caminemos como de dia, honestamente, no en glotonerías y embriagueces.*

S. Pablo á los rom. c. 13. v. 13.

Es muy difícil desengañar á los hombres sobre las diversiones del siglo, y destruir la inclinacion natural que tienen á los placeres de los sentidos : un sentimiento interior les recuerda su felicidad original, y los encamina al bien que han perdido. Las diversiones y los entretenimientos del mundo les ofrecen una sobra de esta felicidad, y sin examinar ni la brevedad ni el peligro de los placeres engañosos, se dejan llevar del primer impulso de su corazon, y solo piensan ser felices, cuando pueden entregarse á ellos con toda libertad. Si se les dice con san Agustín, que estos gustos de la vida se resienten de la inestabilidad de los objetos de donde nacen ; que solo nos traen una satisfaccion pasajera, y que arrastran tras sí mil pesares y sentimientos ; dirán que el ministro que les habla, es un preocupado, y tal vez un hipócrita ; apelarán al testimonio de la mayor parte de los hombres que sacrifican en obsequio de los placeres del siglo su tiempo, sus bienes, su salud, su honra y su vida misma ; y pretenderán probar que á pesar de que en el público y por el bien parecer habla de esta manera, es quizá privadamente mas sensual y disipado que los mismos á quienes quiere corregir. Hermanos míos, aunque estos razonamientos parezcan de mucha fuerza á una gran parte de los cristianos, que no profun-

dizan como deben las verdades de la Religion, son en realidad solo especiosos, y la razon basta para destruirlos. Si en efecto se quisiese escuchar la razon, serian sus luces suficientes para responder á ellos. La consideracion de lo que es el hombre, la situacion del cristiano, su vocacion, su destino y su fin son motivos bastante eficaces, para poner silencio á los vanos argumentos de la concupiscencia. Una vida tan corta, tan laboriosa y tan llena de dolores, ¿se ha de conformar con los grandes placeres? ¿No somos, como dice Job, unos viajeros y peregrinos en la tierra? ¿no caminamos por sendas desiguales y estrechas? ¿Acaso podemos encontrar una ciudad permanente? Pues ¿por qué unos frívolos pasatiempos y vanos placeres nos han de retardar la entrada en la patria verdadera? ¿Podrán ellos recompensarnos de la penalidad de nuestro destierro? Si Dios, para castigar nuestra ciega inclinacion, nos condenase á no ver jamas otra cosa que el objeto perecedero que hemos escogido como el término de nuestra felicidad, ¿no experimentaríamos bien pronto con crueles disgustos, con una saciedad insupportable la severidad de esta sentencia? Este cuerpo mismo que tantas veces esclaviza nuestra alma, ¿no es el primero que con tantas enfermedades y flaquezas como padece, nos advierte que somos hechos para otro fin, y que los placeres destruyen y disgustan mucho mas que alivian y consuelan? Los filósofos del paganismo han hablado muchas veces de esta materia, y han confirmado su doctrina con muchos y singulares ejemplos; pero sin embargo á ninguno han desengañado, porque la naturaleza corrompida es del todo insuficiente para corregir nuestras inclinaciones desarregladas. Estaba reservado á Jesucristo el suministrarnos los principios de una moral confirmada con sus ejemplos, y por tanto la mas persuasiva y sólida. Es cosa muy rara ver de la manera que se quiere conciliar la cualidad augusta de cristiano con una vida disipada y de placer. Despues de haber practicado ciertas obras exteriores que exige la piedad para la edificacion del prójimo, y para conservar la nota de buen cristiano, se pasa lo restante del dia en los entretenimientos que lisonjean los sentidos y las pasiones, y no se piensa sino en destruir los principios del cristianismo, uniendo la vida cristiana con una disipacion habitual. ¿Por ventura seremos miembros del cuerpo de Jesucristo desechando el espíritu de mortificacion y de penitencia, el espíritu de oracion y recogimiento,

el espíritu de vigilancia y de circunspeccion, los cuales constituyen la esencia de la vida del cristiano, y que de ningun modo podemos conservar entre los placeres del siglo?

Sí, hermanos míos, la vida del cristiano es una vida de mortificacion y de penitencia. Jesucristo no habla sino de abnegacion y de lágrimas; los apóstoles que predicaron su doctrina, nos enseñan á crucificar la carne y circuncidar el corazon; los santos no se han santificado sino por los ayunos, la mortificacion de las pasiones y las penitencias mas rigurosas. Pero ¿no hay, me diréis, para caminar á la vida eterna otro camino mas ancho, mas cómodo y mas fácil? No, hermanos míos, los santos han tenido un corazon tan sensible como el nuestro, y han experimentado como nosotros las inclinaciones mas violentas por los placeres; muchos de ellos han llegado á reconocer por una desgraciada experiencia su falsa dulzura y el peligro que llevan consigo. Pero ¿de qué manera han pensado de todas esas satisfacciones frívolas que buscamos con tanto ardor y cuidado? La consecuencia que han deducido de tales antecedentes, es la misma que deberíamos nosotros sacar; á saber, que es imposible entregarnos á los deleites, y conservar un corazon contrito y penitente, cual conviene á un cristiano; que una vida disipada va poco á poco debilitando el deseo de la mortificacion y de las lágrimas; que entre los pasatiempos del siglo se desmiente á cada paso la santa severidad del Evangelio, para sustituir las máximas de la carne á las del espíritu. El Evangelio dice: *bienaventurados los que lloran*; pero vosotros buscando con la mayor diligencia los placeres, ponéis toda la felicidad en una loca alegría y en una excesiva disipacion. El Evangelio dice, *bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia*; pero todo vuestro afan tiene por objeto los pasatiempos criminales. El Evangelio presenta una cruz, un camino estrecho, una mortificacion continua; y vosotros no queréis cargar con esta cruz, ensancháis el camino y suavizáis la mortificacion. ¡Ah, cuán fácilmente, entregados á los placeres, olvidamos las cualidades de viajero, de desterrado, de soldado y de atleta que el apóstol san Pablo mira como características de los discípulos de Jesucristo! ¡Con qué facilidad se pierde de vista esa patria celestial, á donde deben dirigirse todos nuestros pasos y cuidados! ¡y cómo no se piensa en otra cosa, que en mirar el valle de lá-

grimas como una ciudad permanente, donde todo es placer y diversiones!

El pueblo judío se distinguió en esto del resto de las naciones de la tierra. Jerusalem era siempre el objeto de sus pensamientos en su cautiverio, y á su patria dirigia sus suspiros; la separacion de la ciudad santa le tenia sumergido en un profundo desconuelo; y si algunas veces los gentiles le convidaban á tomar parte en sus fiestas, ó á repetir á lo ménos algunos cánticos de los que se acostumbraban en las grandes solemnidades de Jerusalem, exclamaban estos desgraciados diciendo: ¿cómo podemos alegrarnos en una tierra extraña? Los cánticos los reservamos para dias mas felices, para tiempos en que estemos libres de la esclavitud; ¿Cómo cantaremos los cánticos del Señor en tierra extraña? Así respondian los judíos en su calamidad, y pensaban que no debian permitirse el menor descanso ni alivio, viviendo entre cadenas y desterrados de su patria. La tierra en que vivimos, hermanos míos, ¿tiene mas encantos para nosotros que aquella donde gemia el pueblo de Israel? La patria á donde caminamos, ¿tiene acaso ménos atractivos que Jerusalem y su templo? Así lo da á entender una gran parte de los cristianos. ¿Qué otra cosa deberemos pensar de esa alegría, de esa disipacion, de esos placeres peligrosos á que se entregan sin precaucion alguna? Si el espíritu de penitencia no se conforma con este género de vida, el de recogimiento y oracion que Jesucristo exige de sus discípulos, ¿podrá subsistir entre las falsas alegrías del siglo? Si las distracciones y los disgustos afligen tantas veces las almas mas puras y devotas; si los cristianos mas fervorosos se ven obligados en algunas ocasiones á quejarse con el Profeta, de que su espíritu demasiado inconstante y ligero se les escapa á su pesar, y que una vez ido, ya no vuelve; si los negocios mas legítimos inquietan hasta en nuestros templos á los fieles mas recogidos y devotos; ¿cómo no han de quitar á la oracion toda su eficacia y su valor, entregándose á la disipacion y á los placeres? El Espíritu santo nos advierte continuamente que preparemos nuestra alma ántes de dirigirnos á Dios: ¿será una preparacion conveniente una vida, cuyos instantes mas preciosos están consagrados á entretenimientos equívocos, y las mas veces criminales? ¿Vuestra imaginacion siempre inquieta no viene á turbar vuestras almas hasta los piés de

los altares, presentándoos mil objetos de que os avergonzáis vosotros mismos? ¿cuáles pues son las causas de tantas distracciones? Las mas conocidas y seguras son esas mesas sensuales y abundantes que agravan vuestros espíritus; esas conversaciones sospechosas que corrompen vuestros corazones; esos juegos excesivos que turban vuestra razon, y esos desórdenes que de todas maneras alteran vuestra salud y vuestras fuerzas. La oracion es un gemido, decia san Gerónimo; y los gemidos no pueden salir sino de un corazon, que solo piensa en el objeto que desea. Pero ¿de qué están llenos los vuestros, al salir de esas casas de disipacion y de alegría? De mil palabras equívocas que habéis oído, y proferido tal vez; de mil deseos vergonzosos y desarreglados; y que sé yo, si de mil libertades peligrosas que os habéis permitido. Sin embargo os quejáis de que no podéis orar, y que no es posible fijar el espíritu: muchas veces queréis excusar vuestra disipacion, diciendo que son muy largos nuestros oficios y ceremonias; pero yo miraria siempre como un prodigio que pudieseis pasar en un instante de los placeres á la oracion, de la disipacion al recogimiento, y venir tan alegres á los piés de nuestros altares como lo estáis en el mundo. No, hermanos míos, nunca oraréis útilmente, miéntras que viváis una vida de diversion y de placer; pero no por esto dejéis de velar. La vigilancia cristiana pide pues toda la atencion del espíritu en todos los instantes de la vida, de modo que si nos abandonamos por un momento, ya estamos expuestos á perecer. Los santos Padres llaman á los momentos que empleáis en las obligaciones del siglo, momentos de embriaguez é instantes de sueño, de los cuales se aprovecha el enemigo para perderos. Entónces están abiertas todas las avenidas que se encaminan á vuestro corazon: los ojos por la indiscrecion de sus miradas; los oídos por la facilidad con que se prestan á discursos seductores, la boca por el ansia con que traga el veneno del crimen, y como dice el Sabio, entra la muerte por las ventanas.

Heródes incestuoso y sacrílego tenia en el Bautista un censor severo de sus pecados, y quizá hubiera encontrado en sus advertencias y reprensiones razones poderosas para velar y temer; pero lisonjeados sus oídos con la armonía de la música, seducidos sus ojos con danzas lascivas y criminales, se irritan sus pasiones con las delicias de una mesa suntuosa y delicada.

Antes que se entregase á estos placeres, hubieran podido tener alguna eficacia las palabras y las advertencias del santo Precursor; pero rodeado de tantos encantos y atractivos, ¿podrá pensar en tranquilizar su conciencia, arrojando el escándalo de su casa? No, ya no tiene ojos sino para ver los hechizos y las gracias, de que hace ostentación á su presencia la cómplice de sus desórdenes; ya no tiene oídos sino para oír la sangrienta súplica que le hace, ni corazón sino para corresponder débilmente á las violentas y desordenadas acciones con que pretende agradarle. Este príncipe, antes de entregarse á los placeres, respetaba al Bautista; pero después la infame Herodíades es la que á un tiempo triunfa de una justicia moribunda, de una veneración casi apagada y de una conmiseración espirante. Y por ventura, cristianos, ¿pensáis tener mas constancia y fidelidad que Heródes, si os entregáis á los placeres? Pues sabéd que el demonio tiene muy seguro el triunfo, si una vez gustáis del vaso de sus delicias.

Pero una moral tan dura y severa ¿no permite alguna excepción? ¿es posible que todas las diversiones estén reprobadas en el Evangelio? ¿no habrá placeres que puedan admitirse sin peligro? ¿no será lícito buscar alguna recreación para un cuerpo cansado del trabajo y fatigado de los negocios? — Cristianos, como en ninguna otra materia hay mas facilidad de traspasar los justos límites que se prescriben, no tengo reparo alguno en decir que para un verdadero discípulo de Jesucristo no hay momento de disipación en la vida; y á fin de que en un punto tan interesante haya una instrucción completa, dividiremos los placeres en tres clases: primera, placeres criminales y expresamente prohibidos; segunda, placeres sospechosos y peligrosos; tercera, placeres legítimos y permitidos. Los primeros deben aborrecerse de todo corazón; los segundos deben evitarse con mucho cuidado, y los últimos deben usarse con gran medida y precaución.

Placeres criminales y expresamente prohibidos. Hay diversiones que llevan consigo un carácter de reprobación, que no es fácil desconocer, no solamente porque la Iglesia las ha prohibido con grave censura, sino también porque conducen directamente al pecado. No intento por ahora hacer una descripción exacta de todas ellas, y así me bastará indicaros una sola, autorizada y justificada por el mayor número de las gentes del siglo,

para que de aquí podáis inferir el peligro de las demas. Hablo de esas representaciones peligrosas, en las cuales presentándose sensiblemente el origen y el camino de las pasiones, llegan á familiarizarse entre todas las clases de personas. Si queréis perder todo el pudor y la modestia; si queréis acostumbraros á no tener vergüenza alguna de los excesos mas infames y deshonestos; si queréis tomar lecciones para imponer silencio á los movimientos de la gracia, no tenéis que hacer otra cosa, que frecuentar semejantes espectáculos. Pero lo que nos aflige y desconsuela todavía mas algunas veces, es que todos los que tienen esta costumbre, quieren persuadirnos que su inocencia no peligrará en los teatros, porque la moral que se enseña en ellos, todavía persuade con mas eficacia que la que anunciamos en las cátedras cristianas. El teatro se nos dice está ya purificado de esas escenas indecentes que ofendían la castidad de los espectadores; ya no se oyen esas palabras groseramente obscenas que molestaban los oídos de las gentes cultas y sensatas; ya solamente se enseñan las virtudes, que son útiles á la sociedad; aquí se aprende á ser buen ciudadano, á ser buen padre, buen amigo, buen esposo; aquí se ven pintados al vivo aquellos vicios que ofenden mas la humanidad; aquí se descubre la violencia de las pasiones; y finalmente se ponen á la vista ejemplos heroicos que enardecen nuestros espíritus en favor de la patria. Cristianos, no quiero entrar con vosotros en disputas; pero decidme solamente, ¿qué mudanza y qué reforma han producido en vuestras costumbres esas escenas tan castas y arregladas? ¿No habéis adquirido por el contrario mas ociosidad, mas curiosidad, mas indiferencia para las cosas de la Religión? ¿No tenéis ya ménos reparo para practicar ciertas acciones que ántes mirabais con tanto escrúpulo? ¿No estáis ya mas familiarizados con el vicio y el desorden? ¿Pues cuáles son esos frutos útiles y santos que producen los teatros? señaládme uno, y no solo no declamaré contra ellos, sino que yo mismo seré su mayor apoyo y defensa.

Placeres sospechosos y peligrosos. Estos son aquellos que autoriza el uso y las costumbres del siglo. Condenarlos absolutamente, sería hacer un cargo á una multitud de personas virtuosas que usan de ellos; y justificarlos sin excepción, sería aplaudir también á otra multitud de gentes ociosas que hacen un abuso de su tolerancia. Lo que no tiene duda es, que son muy

peligrosos ; y que si no es imposible gustarlos inocentemente, á lo ménos corre mucho riesgo de perderse un cristiano que los disfruta sin precaucion.

Si, hermanos míos, es muy fácil abusar de los placeres ; y de cuáles no se abusa? Se abusa de las mesas, pues aunque segun la costumbre de los tiempos mas remotos es medio muy eficaz de conservar la buena sociedad, el trato y las amistades de las gentes, tambien es una ocasion muy próxima de intemperancia y glotonería. Se abusa de las conversaciones y de las tertulias, pues aunque en ellas se pudiera hablar de cosas edificantes, ó á lo ménos de materias útiles, solo sirven para formar intrigas, para mantener tratos sospechosos, para indagar lo que pasa en las casas ajenas, y para quitar impunemente al prójimo su honor y estimacion. Se abusa de los paseos, pues aunque pudieran servir de un medio de recrear el espíritu fatigado del trabajo y de otras ocupaciones útiles con la variedad de objetos que se encuentran, solo se procura satisfacer la curiosidad y realizar los deseos mas criminales. Se abusa de los juegos...; pero este entretenimiento apénas merece contarse en el número de los placeres legítimos. ¿ Por ventura será lícito consagrar en el seno de las familias cristianas un tiempo que reclaman otras ocupaciones mas sérias á unos juegos, en los cuales decide la suerte de la pérdida ó la ganancia? Esta es una materia, hermanos míos, que pide grandes consideraciones que dejo para otra ocasion ; pero entretanto no puedo dejar ahora de advertiros, que en las casas aún las mas piadosas son los juegos muchas veces la causa de pérdidas muy considerables, y la ocasion próxima de resentimientos, de enemistades, de trampas, de quimeras, y tal vez de grandes blasfemias y de otros pecados gravísimos. Este es un entretenimiento que yo llamo sospechoso y peligroso por los daños que regularmente trae consigo : la prudencia pues ha de ordenarlo y ha de evitar sus consecuencias. Por tanto os digo en general que no habéis de usar de otras diversiones sino de las que sean legítimas, y esto con suma precaucion, observando el tiempo y las personas con quienes se disfrutan ; y sobre todo no debemos emplear en ellas las horas del trabajo ni las de la oracion, porque destinar á los placeres el tiempo que debemos á las ocupaciones útiles es un grande abuso ; y si se hace con perjuicio del público, de nuestras familias y de aquellas personas que tienen derecho á nuestro trabajo, es un

robo manifesto ; pero todavía es mas perjudicial emplear las horas destinadas á la oracion : este es un sacrilegio y un robo que se hace al Dios eterno.

La necesidad de considerar las personas con quienes nos asociamos para tales entretenimientos, es muy grande, y así solo conviene divertirse con los amigos sabios y virtuosos, porque ellos serán los primeros que pongan justos límites á los placeres ; pero los amigos viciosos y corrompidos no traen otra cosa que la perdicion del alma, del cuerpo y de los bienes.

En fin, hermanos míos, nunca uséis de los placeres, aún de los legítimos y permitidos, sino para que den de sí alguna ventaja sólida. Es cierto que cuando se hace un uso moderado de ellos son muy convenientes para restituir al cuerpo y al espíritu su vigor y tranquilidad ; y así leemos en la Historia eclesiástica que el apóstol san Juan echaba mano de las diversiones inocentes para descansar de las fatigas de su apostolado : lo que debemos procurar es que la Religion y la razon nos dicten la materia y la duracion de estas diversiones. ¿ Queréis saber en una palabra ántes de entregaros á ellas, si son inocentes y permitidas? Considerádlas con relacion á Dios. Ved si puede resultarle alguna ofensa, y si interesan para su gloria : considerádlas con relacion al prójimo, examinando si son ocasion de escándalo ó de pecado : considerádlas en fin con relacion á vosotros mismos, y para ello debéis reconocer si se arriesga vuestra inocencia y la pureza de las costumbres. Cuando haya precedido este detenido exámen, entónces podéis entregaros á las diversiones, y léjos de ser un obstáculo para vuestra salvacion, os ayudarán á conseguirla, porque se renovará con ellas la aplicacion al trabajo, el fervor de la oracion, y honrado y santificado Dios en todas vuestras acciones, las recompensará cumplidamente con la eterna bienaventuranza. Así sea.